
Fernando Curiel

La querrela de Martín Luis Guzmán

INDICE

ACLARACIÓN	11
NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN	13
NOTICIA	15
<i>PRIMERA PARTE</i>	
¡GUZMÁN HA MUERTO! ¡MUERA GUZMÁN!	19
LIBRO PRIMERO: Los agravios	21
1. 23 de diciembre del 76	21
2. Hablando claro	23
LIBRO SEGUNDO: Réplica	24
1. 6 de octubre de 1967	24
2. La vieja historia	26
LIBRO TERCERO: Tocando fondo	30
1. El inciso /b/	30
2. Otra vuelta al torniquete	31
3. Comentario conjunto	33
4. Pez en el agua	36
5. La herida que no cicatriza	39
LIBRO CUARTO: Mi punto de vista	42
1. El hombre con atributos	42
2. Atributos civiles	43
<i>SEGUNDA PARTE</i>	
FOLLETINISTA POLÍTICO	49
LIBRO PRIMERO: Sin ira y con provecho	51
1. Nueva York, 1916	51
2. La etapa de Torrijos	52
LIBRO SEGUNDO: El barro como barro	55
1. Introducción	55
2. País a la violeta	56
3. La inconsciencia moral del indígena	57
LIBRO TERCERO: El mal de fondo	59
1. La inmoralidad del criollo	59

2. Bovarismo y crimen	62
3. El concepto de la educación	65
LIBRO CUARTO: La paz y la guerra	68
1. El valor de la paz	68
2. La intervención y la guerra	69
3. Testimonio de un lector	71
 <i>TERCERA PARTE</i>	
LA REVUELTA CULTURAL	75
LIBRO PRIMERO: Armas de la crítica	77
1. 22 de marzo de 1908	77
2. Apunte sobre una infancia	78
3. La marcha de las antorchas	80
LIBRO SEGUNDO: El banquete prohibido	86
1. Mil novecientos seis	86
2. Preámbulo del Ateneo	88
LIBRO TERCERO: El Ateneo de la Juventud	90
1. La(s) lista(s)	90
2. Nuestro personaje	94
LIBRO CUARTO: Caminos separados	99
1. Escasa concurrencia	99
2. Defraudadas ilusiones revolucionarias	101
 <i>CUARTA PARTE</i>	
MANHATTAN	109
LIBRO PRIMERO: El guardián tras la frontera	111
1. Herencia y ruptura	111
2. El Ateneo de Guzmán	113
3. Un nuevo libro	114
LIBRO SEGUNDO: Política y politiquería	117
1. Una novedad de 1920	117
2. El poder salvaje	117
3. El imperio, de nuevo	120
4. Los intelectuales	122
5. Madero	127
LIBRO TERCERO: Pasado (cultural) inmediato	129
1. El puente venerable	129
2. El ateneísmo esencial	131
3. Poemas y ensayos	137
 <i>QUINTA PARTE</i>	
REGRESO AL ANÁHUAC	141
LIBRO ÚNICO: El partido revolucionario	143
1. Bajo el Ajusco	143
2. La sucesión de Carranza	143
3. Mecánica electoral	147

4. El freno	150
5. Mensaje a los revolucionarios	152
6. El desastre	153
<i>SEXTA PARTE</i>	
MIENTRAS EL HURACÁN RUGE	159
LIBRO ÚNICO: A orillas del Manzanares	161
1. El periodismo, las peñas	161
2. Intermedio parisino	162
3. Apoteosis del narrador	163
4. La República	166
<i>SEPTIMA PARTE</i>	
LA RENDICIÓN DEL CENSOR	169
LIBRO PRIMERO: 1936/1942	171
1. Por el camino de Villa	171
2. El empresario	173
LIBRO SEGUNDO: 1942/1963	174
1. Introducción	174
2. ¿Pábulo para la historia?	175
3. Custodio de la Reforma	180
4. Otro rayo verde	182
<i>OCTAVA PARTE</i>	
EL ACADÉMICO GUZMÁN	191
LIBRO ÚNICO: Última batalla	193
1. Introducción	193
2. La disputa	194
3. Oveja negra	196
4. La médula de la cuestión	198
5. Inevitables consecuencias	202
6. "Independiente, batallador, justiciero"	205
7. Hispanidad de iguales	209
8. A cada quien lo suyo	209
9. Hispánica diversidad	213
<i>ÚLTIMA PARTE</i>	
SALDO DEL ENSAYISTA	217
LIBRO PRIMERO: Albores del siglo XX	219
1. Guzmán, sus pares	219
2. Guzmán, su manifiesto	220
LIBRO SEGUNDO: Teoría del ensayo hispanoamericano	222
1. Años cuarenta	222
2. Años cincuenta	223
3. Años setenta	225
4. Años ochenta	226

LIBRO TERCERO: A modo de conclusiones	229
1. Reglas del juego	229
2. Primer cuestionamiento	229
3. Segundo cuestionamiento	233
4. Tercer cuestionamiento	234
 BIBLIOGRAFÍA	 237



NOTA A LA SEGUNDA EDICION

Este ensayo, Premio José Revueltas 1983, apareció publicado cuatro años más tarde luego de servirme como tesis para la obtención del grado de Maestro en Letras Mexicanas por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. La casualidad lo trocó modesta contribución al Centenario Guzmán. Festejo desvaldo, sobre todo si se le compara, pese a su ritualismo insincero, con el montado a Don Alfonso Reyes con idéntico motivo. Mantiénense pues, incólumes, mis recriminaciones vertidas a principios de los ochenta. La posteridad aherroja a Guzmán "en un sitial equívoco que al compás que reconoce su significación, la escamotea y suspende". Al sepultársele, sepultáronse cuerpo y corpus, vida y obra.

Dígame el lector si faltó a la verdad. En 1987, cómo ignorarlo, se ocuparon de Guzmán agudas plumas de las nuevas hornadas críticas; empero, nada acaeció en el terreno de las revaloraciones totalizantes —vida, tiempos, generación— o de la arqueología escrituraria (la correspondencia, el diario, el prometido tercer tomo de las obras reunidas; el Archivo Guzmán en suma). Salvo, preciso, un garbanzo de a libra: la edición de la versión por entregas, distinta y más amplia que la libresca, de su novela de 1929 (La sombra del caudillo, versión periodística, estudio introductorio de Juan Bruce-Novoa, ilustraciones de José Gómez Linares y Liliana Mercenario Pomeroy, Universidad Nacional Autónoma de México). A lo que habría que añadir el estreno, apenas en 1990, de la adaptación cinematográfica de la misma novela (censurada, "enlatada", no bien el director Julio Bracho diera, en 1960, el último "pizarrazo").

A sólo quince años de que se cumpla un siglo de la salida de Savia Moderna, bandera de la emergente generación —¿constelación, mejor dicho?— de Martín Luis Guzmán, éste prosigue siendo para la crítica —la textualista y la metatextualista— una figura indeseable, incómoda, apestada. Pero no sólo eso. Asimismo, y en consecuencia, un autor clásico de las letras en lengua castellana conocido a medias —o a "cuartos", para emplear una expresión suya.

De ahí esta segunda salida de un "estudio literario" mimado, no lo niego, por la fortuna; trabajo que afino y amplió a partir de críticas diversas, relecturas, y mi siguiente e igualmente modesta contribución a la causa guzmaniana que es la del Ateneo de la Juventud: la edición de su correspondencia con Alfonso Reyes (Medias palabras. Correspondencia Guzmán/Reyes. 1913-

1959, Nueva Biblioteca Mexicana, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991).

Una verdadera caja de sorpresas.



NOTICIA

Martín Luis Guzmán (1887-1976) y Alfonso Reyes (1889-1959) compartieron el pan de la admiración, la sal de las lecturas y el dolor, inmenso, de la orfandad paterna. El coronel federal Guzmán muere el 29 de diciembre de 1910, después de ser abatido por los revolucionarios en el Cañón de Malpaso, al norte de México. El general Reyes, prominente figura del antiguo régimen cae, en pleno zócalo de la ciudad de México, ametrallado por fuerzas leales al presidente Madero, al abrirse el primer capítulo de la Decena Trágica. Aquel 9 de febrero de 1913.

Separada por las circunstancias, la relación Guzmán/Reyes se restablece momentáneamente en Madrid y París y en las páginas de una correspondencia de la que apenas ahora podemos conocer su constancia y caudal, talante. Amistad y epistolario a la postre sólo prometidos.

Invito al benévolo lector a espigar la pieza correspondiente al 26 de mayo de 1916. Desde Nueva York, Guzmán participa noticias varias; una de ellas digna de ocupar las ocho columnas de la prensa literaria de aquel entonces. Pedro Henríquez Ureña, también a orillas del río Hudson, había dictaminado la jerarquía de aquel grupo, del que era guía y motor, denominado *Ateneo de la Juventud* (cenáculo, para la fecha de la misiva, disgregado). Recuento. El laurel del número uno ceñía —debía ceñir— la frente del destinatario: Reyes. El remitente, en cambio, ocupaba el quinto sitio de la lista, después de Julio Torri, pero antes que José Vasconcelos. Añado que el virreinato correspondía a Antonio Caso y, el tercer lugar, a Carlos González Peña.

Cabe y procede la pregunta:

¿A qué Guzmán, a la sazón de 29 años de edad, calificaba Pedro el Dominicano? ¿Al estilista que dispensará, a la narrativa hispanoamericana, dos o tres de sus monumentos imperecederos? ¿Al aprendiz de la musa Clío? ¿Al estudioso de la sociedad mexicana y su clase rectora, por esencia corrupta o corruptible? La del *Ateneo*, no se pierda de vista, fue una generación que cojeó más del pie del pensamiento que del pie de la poesía o de la novela. Principio que no refutan la producción lírica de Reyes —primer lugar— ni la conversión de Vasconcelos —sexto lugar—, merced a sus memorias, en un narrador fascinante. Al *Ateneo*, para ser justos, le conviene la etiqueta: *literatura de ideas*.

Así pues, la clasificación de Martín Luis Guzmán, ese nada desdeña-

ble quinto lugar en un parnaso de plumas mayores, obedecía a razones metanarrativas. De lo que no se sigue que Henríquez Ureña, famoso por la firmeza de su pulso crítico, errara el blanco.

Luego de dar a luz, en 1913, de la mano de *Puck*, viñetas meditativas —por ejemplo, sobre el “artificio”— y de pronunciar discursos propios de aquella edad oratoria —por ejemplo, el que procura la osada síntesis ética de los ejércitos federal y revolucionario—, nuestro autor se inicia formalmente en las letras con un ensayo de sociología política o “psicología social” o filosofía histórica: *La querrela de México* (1915); género éste en el que reincide al publicar el segundo título de su bibliografía: *A orillas del Hudson* (1920). Aquí, junto con otros escritos de los años diez, luego refundidos, se domicilia la “obra primitiva” de Martín Luis Guzmán. Obra analítica, testimonio de un afán patriótico en todo punto semejante al que mueve a Molina Henríquez, al escritor Madero, a Cabrera, a Vasconcelos, a Cosío Villegas, a García Cantú, a Revueltas, a Paz, a Fuentes, a Zaid, por citar los más señalados. La querrela enderezada contra los vicios nacionales. Palmariamente, en el caso de Guzmán, “sin ira y con provecho”. Y, por décadas, desde la oposición.

Nadie se atrevería a escatimarle al autor de *Muertes históricas*, amén de otras, dos altísimas virtudes. Por un lado, el adueñamiento y goce del lenguaje. Por otro, una visión histórica, aguda y sagaz (¿qué alma inocente, así se atiborre de fichas y documentos, podría ejecutar *La sombra del caudillo* o el retrato de Fierro?). Sostengo que la primera virtud atañe al narrador, desconocido en su poderío por el *Ateneo de la Juventud*; mientras que la segunda, corresponde al ensayista, según lo ponderó y clasificó Pedro Henríquez Ureña a nombre de su generación.* Naturalmente que ambas virtudes se reclaman, alfan, auxilian. Sólo que una de las dos —la reflexiva, la seducida no por la página en blanco sino por los signos sociales— le tocó debutar en primer término. Lo que nos permite hablar de dos querellas. La del autor frente a su país: convulso. La del autor frente a su obra: incierta. Acerca del Guzmán ensayista versa este libro.

Aunque es probable que el lector, escéptico, inquiera:

—¿Basta la presencia, indubitable, de esta faceta guzmaniana, para justificar un estudio específico? ¿No se le estará confiriendo un carácter autónomo, artificiosamente separado, a algo que sólo es parte de un todo?

Respondo gustoso.

Primero. La vocación reflexiva de Guzmán, el gusto por la “idea” —idealidad aplicada, encarnada táctil— pervive, incluso, en los momentos de mayor “ficcionalidad”. Crónicas, novelas, “muertes”, biografías, episodios nacionales pagan tributo enjundioso y voluntario al género bautismal: el ensayo. Ensayo será una de las piezas magistrales de la madurez extrema: *Apunte sobre una personalidad* (1954); discurso de ingreso a la Academia de la Lengua, luego de rendirla políticamente, en el que el

* Sobre la relación Guzmán/Henríquez Ureña véase *Medias palabras...*, en particular “Textos contiguos: apéndice documental”, pp. 182-183.

recipiendario confiesa, de sí mismo: "luego se dispuso a convertirse, independientemente de la profesión u oficio que escogiera para ganarse la vida, en un maestro, un guía, un censor". Palabras que en otros académicos, Julio Torri o Alfonso Reyes por ejemplo, hubieran resultado por lo menos extravagantes. Pues bien: el análisis de la realidad nacional es una de las formas que adopta aquella ambición temprana (la policía cívica evocada a los 67 años de edad). Sin que ignoremos, desde luego, otra vertiente: el periodismo doctrinal —llamémosle así— frecuentado por Guzmán desde la juventud hasta el momento de su muerte. Jamás se apaga la llama que iluminó, en Madrid, a la hora del primer exilio, la redacción de *La querrela de México*.

Segundo. A diferencia de su amigo Alfonso Reyes, cuyas aficiones no conocían límites —salvo los del enciclopedismo—, Guzmán contrajo su inquisición a un ámbito concreto: México. Esto en una época en la que tal tema pecaba de virginal. Soslayando, por ahora, el origen único o múltiple de esta inquisición, constancia, obsesión, de Guzmán, agrego, a la justificación consignada en primer término —el ensayista agazapado tras el narrador—, otra. La obra primitiva de Guzmán descubre, a su modo, "lo mexicano". El autor de *El águila y la serpiente*, *La sombra del caudillo*, *Memorias de Pancho Villa*, *Muertes Históricas*, es también, en cuanto ensayista, uno de los pioneros en el desentrañamiento —de existir éstas— de las leyes sociales, políticas, morales, culturales, que conforman a la sociedad mexicana (y, claro, a su arte y literatura). Martín Luis Guzmán propone, a la par que una narrativa deslumbrante a la revolución —cosa archisabida—, un juicio histórico de la nación mexicana, señaladamente de su dirigencia (cosa menos sabida). Juicio expuesto, al decir de Arturo Delgado, "con una sinceridad desbordante y un rigor científico de primera categoría".* Baste apuntar, por ejemplo, que Guzmán es uno de los más incisivos estudiosos del... ¡porfirismo!, no sólo el retratista genial de Obregón o Buelna. Y nos dice José C. Valadés: "Aunque sin remirar la centuria XIXa, y con visible inclinación a la novela y por lo tanto a la voluptuosidad en las descripciones, el señor Martín Luis Guzmán inicia la historia de lo mexicano, y a la que llamaremos, no obstante el énfasis, *independiente*."**

Tercero. Limitándonos a la médula de la grandeza guzmaniana, su narrativa, nos encontramos con que ésta ilustra, en alto grado, mediante procedimientos sutiles que son los de la alquimia literaria, las visiones, las filias y las fobias del ensayista, del "censor". Según caeremos luego en cuenta, la incomparable galería de revolucionarios está dictada, combustionada, por la teoría de la clase dirigente —llamémosle así— trazada en el folleto matritense de 1915. Y *La sombra del caudillo* explicita una serie de artículos periodísticos —periodismo doctrinal, dijimos— del año de 1919, el que pone término al primer exilio, en los que reclama la creación

* *Martín Luis Guzmán y el estudio de lo mexicano*, p. 10.

** *El porfirismo, Historia de un régimen, El Crecimiento*, T. I, p. XXV.

del partido revolucionario. Etcétera, etcétera. Recobrar, por ende, al ensayista, fijar sus temas, pesquisar sus alcances y ramificaciones en veces imprevistas, significa conocer con mayor largueza, o al menos desde otra perspectiva, al narrador prodigioso.

He reservado, sí, para el final, el argumento de mayor peso.

Cuarto. Por si no bastaran la sobrevivencia del ensayista en el narrador, la participación temprana del autor en el examen de la mexicanidad, la huella temática del ensayo en la narrativa, aduzco el posible valor intrínseco, *literario*, de la obra ensayística. Hipótesis perfectamente válida. Prosa crítica hay en la que el fondo no devora a la forma; antes al contrario, insufla una doble creación: la del pensamiento y la de la palabra. Me refiero a “esa relación entre el dominio de la forma que tiene el escritor y su contenido intelectual o emocional”, en la que Ciryll Connolly, versado en estos menesteres, cifra el *estilo*. * Indagar esto en Guzmán es tarea tan pertinente como obligada y placentera.

Y no abundaré más.

Sígame el lector, si le place, en el empeño. Aunque antes nos demorremos en el olvido de Guzmán: el ensayista pero también el narrador; quiero decir, en la interdicción que la posteridad impone a la obra y los tiempos —¿qué tan diversos al nuestro?— del autor más que centenario.

* *Enemigos de la promesa*, p. 95.